

La originalidad legislativa ínfima de que dan muestras nuestros congresos corre parejas con el perfeccionamiento nulo de las masas para la vida democrática. Nuestros legisladores se inspiran en los códigos de las grandes naciones cultas, mientras nuestro pueblo vegeta en un limbo de ignorancias, tradiciones serviles o rebeldías que no dejan entrever un porvenir mejor.

La perfección de la legislación, deduciéndola de altos ideales de equidad y justicia, adaptándola a las realidades nacionales y a los problemas legados por los sistemas inicuos de gobierno que han dominado durante tantos años, necesita como correlativo indispensable el levantamiento de la moral y del espíritu de las masas, empujándolas hacia la democracia, de la cual se alejan con carneril temor hereditario.

El mejoramiento de la condición física del pueblo, como obra que puede llevar adelante un solo hombre, resulta a la postre más factible que el perfeccionamiento legislativo. Los grandes cuerpos colegiados que dictan las leyes, se resienten casi siempre de ese descenso de nivel moral e intelectual causado por la situación gregaria. Difícil es que den un paso adelante sin dar otro atrás. La ley de la inercia se apodera con mucha más facilidad de los conjuntos que de los individuos. De todas maneras, un adelanto en cualquiera de estas dos materias, significa otro adelanto en la otra. Una ley justa, consultada, regeneradora, equitativa, no puede menos de ejercer su influencia en el avance de la conciencia popular. Un refuerzo de instrucción, de educación, de valores morales, en la masa ciudadana, tarde o temprano se traduce, o mejor dicho, concreción en un progreso legislativo.

La quimera gubernativa de todos los grandes filósofos: hacer leyes buenas y justas para que se cumplan buena y justamente, va adquiriendo contornos de vida al paso que los organismos civilizados ensanchan el radio democrático haciendo participar de él al mayor número de asociados.

Nuestros pueblos hispánicos tienen aún leyes magníficas que sólo les sirven para exhibirlas en los museos nacionales, o para que se las lea en el exterior como muestras de alta cultura. Esta contradicción entre la verdad y el artificio, nos granjea el calificativo de imbéciles. Debemos esforzarnos por alcanzar un nivel de justicia y de propio decoro entre las apariencias y la realidad.

Un excelente premio Nobel

La Academia Sueca concedió el premio Nobel de literatura en el presente año a Anatole France.

Este año la Academia Sueca no ha hecho ningún descubrimiento capaz de conmover al mundo literario, como le ha ocurrido en ocasiones anteriores. El anciano e ilustre literato francés goza de una popularidad universal entre las gentes cultas. En todos los tonos se ha afirmado que es el primer escritor contemporáneo. Sus setenta y seis años están asentados patriarcalmente sobre dos docenas de libros que contienen el panorama de la vida moderna visto a intervalos tras los lentes de un filósofo, de un poeta y de un reformador. Su influencia puede notarse, lo mismo que la del gran lusitano Eca de Queiroz, en gran parte de los novelistas nuevos españoles e hispano-americanos.

La obra de Anatole France puede dividirse en dos grandes ciclos. La primera parte de su producción, desde el «Anneau d'amethyste» hasta «Sur la pierre blanche», es una lluvia fresca, irisada, corrosiva, caída sobre los jardines encubridores de cloacas de la civilización actual. En esa serie de novelas encantadoras, de un pesimismo sonriente, de una amargura serena que se reviste con todas las ínfulas de la erudición, las profundidades estelares del pensamiento y los velos sagrados del arte, sobresale como la obra maestra aquella incomparable «Ile des Pingvins», caricatura maravillosa de la historia, tejida con retazos de leyenda aurea, cantos de gesta y gestas del mercantilismo moderno, de la bella nación latina madre del genial escritor, cuya línea ancestral sube a confundirse con la raza ilustre que cuenta entre sus hijos al que no se sabe si es el más divino de los hombres o el más humano de los dioses. En esta última novela el derroche de ironía punzante, el sentido sintético de la historia y la intuición artística, se hermanan y confunden de tal modo, que no hay manera de agotar sus bellezas, ni siquiera al través de continuadas lecturas. Al mismo tiempo, la obra entera envuelve una tremenda venganza y una clara justificación histórica, mostrándonos al vivo varios personajes representativos contemporáneos. Iguales bellezas, pero infinitamente más serenas, como bajo un baño de especial dulzura, encontramos en «Le lys rouge».

Mas no sólo es Anatole France el más alto escritor vivo de la época: es también el más ilustre apóstol de las doctrinas salvadoras que aspiran a establecer la paz, sobre bases de amor y de justicia, entre los pueblos y entre los hombres de todos los continentes y de todas las razas. Su labor, al frente del grupo «Clarté», secundado por Barbusse, Duhamel, y los más sinceros y conscientes escritores franceses, es un oleaje de vida y de salud en las aguas muertas de la estancada ideolo-

gía universal y ya no queda la menor duda de que influirá decisivamente en los destinos de la humanidad, de esta pobre humanidad que en vano trata de salvar los políticos con sus desacreditadas fórmulas, y que no tiene hoy por hoy otra perspectiva de progreso sino la adopción franca y completa de las reformas que propone en la moral, en la economía, en toda la vida colectiva, conforme a evidentes postulados de lógica y de justicia, este grupo de hombres a cuyo vértice calca su perfil israelita el gran viejo parisiense, de vida ejemplar e inocente como la de un niño, que ha discurrido en un consorcio verdaderamente extraño y admirable a la vez con los secretos de los siglos y las realidades del día.

El premio Nobel de Literatura para Anatole Francois-Thibaut nos reconcilia con las academias y con los premios, a quienes sospechamos a priori del buen gusto y la buena fe de las primeras y la justicia de las segundas.

El final de una gran tragedia

VARIOS periódicos han anunciado ya que el último tirano de nuestra América, el usurpador en Venezuela desde 1908, Juan Vicente Gómez, está deshauciado por los médicos. Un cáncer en la vejiga sería el modo como el destino habría de poner fin a la tiranía más vergonzosa que haya sufrido pueblo alguno en nuestro hemisferio.

La enorme alharaca de aclamaciones y oblaciones de todo género que en los últimos meses hemos visto, excediendo los límites de toda ponderación, en la prensa venezolana, era indudablemente señal de que algo serio ocurría en la famosa satrapía gomista. Luego, la desbandada de los vice-presidentes, quienes se encuentran en Nueva York, y hasta la fuga del ministro americano, Mr. McGodwin, quien durante diez años ha venido compartiendo proventos con el déspota venezolano, fueron notaciones de que algún desastre extraordinario amenazaba la dictadura «cesarista democrática», según la fórmula de su más encumbrado apolo-gista, el Director del «Nuevo Diario» de Caracas.

Por último, la verdad de las cosas ha trascendido al exterior: los miles de venezolanos que están en el destierro, muchos de ellos desde el lejano atentado de Gómez, han escuchado esta nueva como un anuncio de que se preparan acontecimientos sensacionales de los cuales puede resurgir la libertad de Venezuela. Es en verdad cosa triste que este pueblo suramericano no haya podido, a pesar de sus constantes esfuerzos, echar abajo tan sombría dominación, y que sea sólo una complicidad sonriente del destino